

*poder de los secretos de los jesuitas*; W. R. Inge: *La ética cristiana y los problemas modernos*; Panait Istrati: *El pescador de esponjas*; J. Kessel: *Ráfagas de arena*; Rudolf Pircher: *Inglaterra, ejemplo de democracia*; Lucien Laurat: *La acumulación del capital, según Rosa Luxemburgo*; doctor Gustavo Le Bon: *Bases científicas de una filosofía de la Historia*; doctor E. Osty: *Las utilidades prácticas de las personas dotadas de conocimiento superanormal*; Jorge Stieler:

*Malebranche*; Giuseppe Torre: *El fascismo al desnudo*; M. M. Vaussard: *El Carmelo*; Henshaw Wards: *La Exploración del universo*.

*Azorín*, Ramón Pérez de Ayala, José María Salaverría, Enrique Díez-Canedo, Pedro Sainz Rodríguez, Ricardo Beaza.

(Crisol, Madrid)

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores.

## Todos son iguales

—Envío del autor—

Existe hoy entre las naciones civilizadas o, más concretamente, en las grandes potencias, un impulso apostólico que las lleva a juzgar la vida y padecimientos de los pueblos extraños, y aún a poner el peso de su poderío en favor de determinadas reformas que reclama el progreso moral. Ahora mismo andan muy afanadas la Liga de las Naciones y las naciones de la Liga en el asunto de los esclavos de Liberia, y vá para un año que en los periódicos de Francia, de Inglaterra y de los Estados Unidos no se habla de nada con tanto ardor como del trabajo de los prisioneros políticos en Rusia. Todas las naciones se afanan por arrojar sus piedras en esta campaña, pero ninguna se pregunta cuál tiene el derecho de arrojar la primera. Si bien se estudia el caso, es un poco más difícil para resolver de lo que parece. Los periódicos se pronuncian a diario contra el salvajismo y la barbarie de los pueblos que deben eliminarse en un momento dado, pero si se detuvieran sus palabras por un instante y se les preguntase en dónde está la esencia de la civilización que ellos defienden, no podrían dar una respuesta clara que satisficiera la felicidad humana.

Se inquirió en días pasados de un sabio si él creía que en algún sentido hubiese progresado moralmente el mundo. Perplejo ante una cuestión que no podía responder satisfactoriamente, dudó un rato, y luego

apuntó: No puede negarse que ahora somos menos crueles. Pero no acababa de afirmar esta negación, cuando le hizo un leve retoque, como para quitarle el cincuenta por ciento a su valor: A lo menos, agregó, individualmente somos menos crueles: colectivamente tal vez no. La mente del sabio vacilaba al resplandor de la guerra mundial, que todavía circula por los guarismos insólitos de los presupuestos militares. De la guerra de los Boers a la de las Cruzadas,—que muchos dicen: la dulce guerra de las Cruzadas,—no se vé el progreso, el progreso a que el sabio se refería, y de esa guerra contra los negros del Africa a las que pintan el libro rojo belga o los libros dantescos de Remarque no se sorprende sino la confirmación de la duda: colectivamente es probable que el mundo no sea hoy menos cruel de lo que fué en el tiempo de los Hunos.

Para dejarle al sabio el consuelo de creer que individualmente sí somos menos crueles, hoy no tendríamos sino que cerrar el proceso de los crímenes cotidianos. Olvidar el refinamiento que busca el delincuente en los medios más agitados de la vida moderna, y el deleite del hombre ávido de sensaciones, como en el caso de aquellos millonarios jóvenes que se hicieron célebres en los Estados Unidos volviendo picadillo a un chicuelo rubio. Cerrar los oídos a esa aceleración del delito que acaba de suscitar

la idea de organizar una nueva categoría criminal, una categoría que explique el avance del impulso fatal en cierta dirección imprevista: la de los crímenes que se derivan del automóvil. Ahora mismo en Inglaterra una de las formas populares de acabar con el prójico consiste en azarlo dentro de un automóvil incendiado. El progreso en la carrera del detectivismo, la necesidad de hacer de la policía el organismo más científico y formidable de una gran nación, lleva a los sabios a pensar que el mundo, individualmente, es menos cruel.

Pero, ¿qué es lo que repugna a la civilización? Los periódicos han venido insistiendo sobre este punto: los presos políticos de Rusia. No hay nada tan conmovedor como la pintura que hacen de los aristócratas del zarismo, de las marquesas que sirven a la mesa de los estúpidos obreros en las fábricas. Pero, ¿han expresado la misma indignación frente a las crueldades de la dictadura venezolana? ¿le ha restado consideraciones oficiales al fascismo el hecho de que Mussolini adelgace las vidas de los italianos independientes en las islas tenebrosas de su imperio? ¿Alguien ha dicho que deban romperse relaciones con Inglaterra porque la policía británica le dé palo a los nacionalistas en la India y mantenga repletas las cárceles de prisioneros políticos en todo el oriente?

Si un ruso pusiera cara de cándido y quisiera admirarse a su vez de lo que ocurre más allá de sus fronteras, podría romper en los mismos espavientos. Él vive allá sujeto a un código criminal que dice así en la primera página: Las medidas de protección social no deben tener por objeto infligir sufrimientos físicos o la degradación de la dignidad humana, ni ser dictadas con el propósito de venganza o de castigo. Y sabe más aún: que las medidas de protección social de carácter correctivo no se aplican a los menores de 16 años y que a los delincuentes infantiles sólo pueden enderezarse medidas de carácter médico o educativo. Metido dentro de este criterio, el ruso podría clamar en la Sociedad de las Naciones contra la costumbre bárbara de los ingleses que le dán azotes a los niños en los colegios, y pintar con horror la estampa común, la escena de todos los días de estas ciudades en donde pelan al muchacho que comete una falta, lo acuestan sobre un banco y le dan una docena de azotes en presencia de sus discípulos.

Porque en este asunto de los niveles morales, la revista de los hechos conduciría a conclusiones que el lector corriente de los periódicos no sospecha. El caso de Rusia es hoy típico, como lo fué en otra época el de los pueblos que las grandes potencias necesitaban someter al coloniaje, y como lo es ahora mismo el de Sur América, que recoge mucha de la fama de barbarie que anda dispersa por el mundo, y la suma como aureola exclusiva de sus caudillos. Sobre el caso de Rusia podría escribirse un tratado. Hace unos cuantos meses denuncia-

### JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

#### Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

#### Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

#### Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

#### Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

#### Implementos de Goma

United States Rubber Co.

#### Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente